



Universidad del Istmo

Lección inaugural del año académico 2013

11 de febrero de 2013

Dr. Rafael Alvira Domínguez

Si podemos comprender la realidad que nos rodea es porque cada ser de este mundo está constituido por una idea, una "forma de ser" según la cual podemos entenderlo. Pero esa idea está encarnada en algo material y sensible, y por ello siempre tiene una historia. No captamos bien la idea más que a través de su historia, y, a su vez, no podemos entender una historia fuera de su idea.

Así pues, pensar la Universidad supone volver a considerar su idea y su historia.

LAS INSTITUCIONES

Las instituciones —y la Universidad es una institución— son cristalizaciones sociales y, a la vez, nudos de la red social.

En cuanto cristalizaciones, encierran en sí todo lo que es la sociedad: poseen una historia, una forma de civilidad, una educación, una cultura. Son, en cierto sentido, la sociedad completa en pequeño, lo que los antiguos solían denominar un microcosmos.

Por otra parte, en cuanto nudos de la red social, son piezas imprescindibles para su articulación.

Las instituciones juegan el mismo papel en la sociedad que las virtudes en la persona individual: sirven para facilitar, potenciar y universalizar su vida. Una persona posee una virtud, un hábito —bien sea un hábito científico, una virtud ética o una destreza artística— cuando ha adquirido, mediante el estudio, el ensayo, el entrenamiento, el poder de hacer algo con facilidad y de manera universal. Y eso es lo que hacen las instituciones en la sociedad.

SOCIEDAD Y VIRTUD

Cualquier virtud, cualquier saber, implica, por tanto, un aprendizaje que nos conduce a la perfección de nuestro ser y actuar, y que nos otorga esos rasgos característicos. Una persona que sabe, que ha aprendido derecho civil, historia económica o bioquímica; que ha aprendido a hacer justicia o a ser prudente; que ha aprendido a tocar un instrumento musical o a pintar, tiene como características capacidad y constancia: te puedes fiar de ella en su campo respectivo, porque como sabe, es capaz en lo suyo y tiene el hábito que le permite ser constante, mientras que una persona que no sabe no es fiable.

Y la sociedad misma en conjunto es fiable cuando tiene esas virtudes sociales que son las instituciones con buena salud: una buena judicatura, un buen sistema político, un buen sistema sanitario, enseñanza de calidad, etc. Esa sociedad está en camino de perfección y ayuda a sus ciudadanos. Pues bien, una de esas instituciones, clave en toda sociedad que quiera tener esa fuerza y esa perfección, es precisamente la Universidad.

LA UNIVERSIDAD COMO INSTITUCIÓN

La educación y la cultura son dimensiones propias de todo tipo de sociedad. De modo primordial, en toda familia —si bien en unas mejor que en otras— nos educamos y nos desarrollamos culturalmente. Pero, aunque en menor medida, lo mismo nos sucede, por ejemplo, en un municipio, pues hay municipios que con solo pasar por sus calles ya estás aprendiendo, mientras que otros más bien deseducan; o en una empresa, en un club, etc.

Todas las instituciones educan —o deseducan— y transmiten cultura. Ello no es —como algunos, por el contrario, parecen pensar— una capacidad ni una tarea exclusiva de los centros de enseñanza; es más, tales centros muchas veces no logran cumplir bien su cometido porque los alumnos que se matriculan en ellos no han asimilado previamente la cultura y la educación en esos ambientes familiares y sociales.

La educación y la cultura son, por tanto, dimensiones de toda sociedad, pero no son instituciones; estas cumplen, en este caso, precisamente las citadas funciones de facilitar, potenciar y universalizar la educación y la cultura.

Y la Universidad es una institución para la educación y la cultura. Tiene como característica básica la de ser un Centro Superior de Estudios, y no —como se solía decir antes— un Centro de Estudios Superiores. El estudio es un espíritu, una actitud

y una actividad de amor al saber, y debe estar presente por igual en cualquiera de los niveles de enseñanza, no solo en el universitario.

EL ESPÍRITU DE ESTUDIO, ALMA DE LA UNIVERSIDAD

En estos últimos años, con los nuevos planes de (presuntos) estudios que se implantan en todo el mundo, se repite una y mil veces la fórmula: en la Universidad se hace "docencia e investigación". Pero tanto la docencia como la investigación solo son verdaderas —y además surgen de forma natural— si proceden del espíritu de estudio, el cual está ausente de los citados planes, lo que se muestra de modo bien patente ya solo por la obsesión evaluativa de ellos. El espíritu no se puede evaluar de esa manera, si es que se puede.

La buena docencia es natural en el profesor que tiene amor por su asignatura y amistad con los alumnos. Fuera de eso —que, sin embargo, es difícilmente medible y evaluable— la docencia es una cáscara y una máscara, aunque sea muy bien puntuada. A su vez, la verdadera investigación es consecuencia del espíritu de estudio, mientras que hoy en día cada vez más las Universidades hacen investigación con el fin principal de la obtención de resultados que conduzcan al éxito en los medios, a la elevación en los "rankings" y a la obtención de más recursos económicos.

La Universidad es un centro superior de estudios, lo cual —cuando es verdad— genera de modo necesario y natural buenas docencia e investigación, en armonía. Hay centros de mera instrucción (la mayoría ahora), al estilo de los que antiguamente se llamaban "academias de ayuda a la enseñanza" o, por ejemplo, en Alemania, los "repetitorios" para los estudiantes de derecho. Pueden ser academias notables y honorables en muchos casos, pero eso no es una Universidad; tampoco los Centros de mera investigación son Universidad, porque para serlo hace falta algo más que llevar a cabo esa actividad, sobre todo si tiene como finalidad principal obtener resultados.

DIÁLOGO UNIVERSITARIO

En toda Universidad verdadera lo absolutamente central es el diálogo. No las meras conversaciones y menos aún el silencio del desconocimiento mutuo entre los profesores, hoy tan habitual. No es infrecuente que la gente hable sin decir nada con un cierto contenido y en la forma adecuada. Maltratan, de ese modo, la característica más propia del ser humano, que es el "decir". Para comunicar hay primero que aprender a decir. La auténtica Universidad forma personas capaces de un verdadero

diálogo con las personas y con la naturaleza, más allá de la simple conversación, y mucho más aún de la hoy llamada interactividad.

Dialogar es un arte universitario, y es el más difícil que hay. Es el arte humano por excelencia y toda verdadera Universidad buscaba enseñarlo y ejercitarlo.

Hay dos formas de diálogo: con las personas y con la naturaleza. La ciencia de la naturaleza no avanzó nunca suficientemente hasta que Galileo, el considerado gran padre de la "Nueva Ciencia", se dio cuenta de que, para hacerla avanzar, el científico habría de ser —más que un empirista que describe lo que ve en la naturaleza— un experimentalista que le hace preguntas en espera de que ella le responda.

Porque ¿qué otra cosa es el experimento sino un diálogo con la naturaleza? La ciencia natural creció cuando aprendió a hacerlo, así como la persona humana crece como tal cuando aprende a dialogar. Y es difícil, porque para dialogar hace falta saber el modo y tener contenido. Generalmente, la persona de pocas palabras o es sabia o tiene pocas luces. Si es sabia, habla poco porque mide sus palabras y las dice solo de la forma adecuada y en su momento; si es de pocas luces, no habla porque no tiene nada que decir. Aunque existe una tercera posibilidad nada infrecuente hoy: hablar mucho y no decir nada.

Saber dialogar con contenido y de la manera apropiada trae consigo el estar aprendiendo continuamente, porque cada palabra bien dicha es una invitación a que el otro responda. Solo hay preguntas buenas cuando el que las plantea las lleva dentro, las vive; y a la vida se le responde con vida, la cual implica siempre crecimiento. Todo verdadero diálogo trae consigo un crecimiento continuo del saber. Y está hecho entre personas que no solo tienen un profundo respeto entre ellas, sino que tienen una cierta amistad. Cuando no hay amistad no se puede llevar a cabo, porque entonces lo que busca cada uno es tener razón: no encontrar la verdad, sino tener más razón que el otro. No hay Universidad si no se consigue crear ese ambiente de diálogo, pues entre todos los factores educativos, el principal es el ambiente. En un mal ambiente no se puede aprender.

VIDA UNIVERSITARIA

Hay tres columnas sobre las que se construye la educación en sociedad. Se trata de tres instituciones: familia, centros de enseñanza e Iglesia. En las tres, la música está presente porque las tres celebran: no hay una verdadera familia en la que la vida no sea una fiesta; la Iglesia celebra —de modo central, la Misa—; y en ninguna verdadera



Universidad puede faltar el espíritu festivo. Como recuerda bellamente Josef Pieper en su escrito sobre la fiesta, lo que se celebra es el amor y la amistad. Ellas son el cimiento profundo de las instituciones. El ambiente festivo y amistoso es siempre "musical", con música sobre todo interna, pero también, en ocasiones, externa. Lamentablemente, ni una ni otra están presentes en los nuevos proyectos universitarios.

Fue precisamente la Iglesia la que, con su sabiduría, consiguió dar a luz no simples centros de enseñanza —pues estos ya existían desde hacía milenios en diversas civilizaciones—, sino la Universidad, que es una creación excepcional de la cultura cristiana.

La Universidad, como cualquier tipo de sociedad, solo tiene existencia real cuando está conformada por una idea unitaria de fondo, y es esa idea la que —cuando es comprendida por sus gobernantes— genera lo más característico y decisivo desde el punto de vista de la formación, que es —como ya quedó dicho— el ambiente, el cual, en este caso, es lo que se ha solido denominar también "vida universitaria".

La "vida universitaria" está ausente de la intención de los autores de las reformas actuales. Para ellos, la Universidad es un lugar donde se imparte docencia y se hace investigación con la finalidad de formar profesionales y obtener resultados que den éxito y dinero a la institución. Todo esto exige evaluaciones continuas, pues es a través de ellas como se puede controlar el nivel de consecución de los resultados.

PRINCIPIOS Y RESULTADOS

Dichos resultados son, sin embargo, solo una parte de la realidad; la otra parte la forman el espíritu, los principios y los fundamentos. Y es el conocimiento de todo esto último lo que da la libertad interior, tan característica de la Universidad en su historia. Los resultados solo dan libertad exterior, pues lo que logran es hacernos disponer de nuevos instrumentos. Como es fácil de comprobar, toda sociedad volcada a los resultados acaba reduciendo la libertad a una caricatura, lo cual se experimenta hoy en las Universidades debido a la presión ejercida a través de la enorme cantidad de burocracia y evaluaciones, que, aunque necesarias para controlar los mencionados resultados, pueden ser agobiantes.

Todo esto configura un sistema basado, sobre todo, en la desconfianza, la cual —aunque siempre es prueba de pequeñez de espíritu— tiene su fundamento, en los planes actuales, en los siguientes puntos:

1. La invasión del espíritu universitario por un sistema de pensamiento y funcionamiento meramente técnicos;
2. La influencia del aparente éxito económico y cultural de las Escuelas de Negocios, que atienden al éxito profesional a corto plazo;
3. Los diseños de la pedagogía puramente teórica;
4. El predominio de las finalidades económicas;
5. Las consecuencias devastadoras del espectacular fracaso de la democratización universitaria, subsiguiente a la crisis del 68.

Este último punto ha sido decisivo también para la insistencia actual en que los nuevos planes están diseñados para mejorar la calidad de la enseñanza. Con esa finalidad, se multiplican los controles y las evaluaciones, con la esperanza de superar la caída del nivel medio universitario sufrida en los últimos decenios. Sin embargo, la calidad no se mejora de ese modo, sino con la aportación de verdaderos maestros, hoy desaparecidos, primero por culpa de la democratización del 68 y ahora porque el nuevo sistema genera un aire irrespirable para cualquier verdadero maestro.

Por otra parte, la falta de conexión interior entre docencia e investigación se muestra también en la separación progresiva intrauniversitaria entre docentes e investigadores. Esta separación es letal, pues ningún buen estudioso universitario quiere ser solo o principalmente docente o investigador.

FORMACIÓN PROFESIONAL Y FORMACIÓN HUMANISTA

Dos rasgos de la enseñanza, presentes desde la aparición del saber en la Grecia clásica, son: la formación profesional y la formación humanista. Las dos Escuelas con las que se inicia el pensamiento filosófico y el gran pensamiento de Occidente son la de Mileto y la pitagórica. La escuela de Mileto o Jónica tiene más bien un cierto carácter profesional, artesanal, mientras que la pitagórica es fuertemente humanista. Ambas participaban de las dos dimensiones, pero ya entonces —desde los inicios— se comenzó a marcar esa diferencia que después ha estado presente en la historia de la enseñanza y, en concreto, particularmente en los últimos tiempos, de la institución universitaria: preferir lo humanístico o lo profesional.

La Universidad, en su creación medieval cristiana, hace una simbiosis bellísima de esos dos aspectos. Es humanista porque es musical, porque hay amor al saber y hay amistad, que son los medios en los que se desarrolla la formación humana; y al mismo



tiempo, como hay amor al saber y a la perfección social, también hay una formación para el trabajo profesional.

EL ESTILO UNIVERSITARIO

La Universidad tiene, además, otro rasgo extraordinario: la conciencia de que esta institución no es solo un centro de educación y enseñanza, profesional y humanística, sino que también es un lugar privilegiado que contribuye a configurar todo el estilo de una sociedad. Es completamente distinta una sociedad que tiene verdaderas Universidades de una que no las tiene.

La Universidad da algo que los franceses, con su finura para captar estos detalles, supieron ver: “l’homme c’est le style”, el ser humano es su estilo. Es lo que los británicos llamaron “touch”, el toque: el “toque” de los universitarios transforma una sociedad.

Por eso, lejos de rechazar la moda, la Universidad la crea continuamente de modo natural. La moda busca al mismo tiempo homogeneizar y distinguir, y eso es pura Universidad, porque ella busca, como quedó señalado antes, el diálogo, que solo se da entre iguales, de manera que se genera una cierta homogeneidad; pero, al mismo tiempo, nos enseña a decir, que es la actividad diferenciadora e innovadora por excelencia. Es bella la diferencia dentro de la igualdad, y ese toque es lo que se llama moda.

Como se ha intentado en los últimos años, sobre todo a partir del 68, democratizar la Universidad, se la ha dañado gravemente, porque la Universidad cultiva al mismo tiempo la igualdad y la diferencia. Sin el toque aristocrático que es la "distinción", ella contradice su esencia. La Universidad no es "democrática", porque no genera una igualdad meramente legal, en el fondo ficticia, externa, a veces impuesta y otras simplemente proclamada, sino que da a luz permanentemente una igualdad verdadera, nacida de un diálogo con contenido y en el que se respeta y educa a las personas.

PROPIEDAD Y DIÁLOGO

Toda sociedad verdadera es un sistema de la propiedad y del diálogo. La falta de auténtica propiedad es la señal cierta de que las personas no se han desarrollado como tales, porque la naturaleza humana es la de un ser que, para ser lo que es, ha de crecer, aumentar y añadir constantemente riquezas interiores a su ser. Toda sociedad verdadera ayuda a crecer a sus miembros. Al mismo tiempo, toda sociedad es un

sistema de diálogo; cuando el diálogo está mal hecho, ya sea por ser arrogante o superficial —algo tan común hoy—, la sociedad pierde calidad hasta convertirse en un lugar insufrible.

Toda verdadera sociedad se establece necesariamente sobre un sistema de diálogo y de propiedad, y eso es lo que una Universidad tiene que saber construir. Solo el verdadero diálogo genera verdadera igualdad, que no es "igualitarismo", y solo el verdadero amor a la realidad y la amistad generan el auténtico sentido de propiedad. Eso es lo que una Universidad está llamada a crear: ese tipo de ambiente.

EL SENTIDO DEL VERDADERO TRABAJO

Las personas aprenden que dialogar de verdad y ayudar a que los demás crezcan en propiedad cuesta trabajo. La identificación entre trabajo y empleo es una de las grandes injusticias actuales. Hay muchos empleos en los que se trabaja poco o con mucho activismo, que es un falso trabajo; y viceversa, hay muchos trabajos —como el de ama de casa o el del sacerdote— que no son empleo, y su grandeza está en no serlo.

Es difícil trabajar bien, pues ello implica siempre hacerlo con sentido. El verdadero trabajo es siempre una verdadera palabra; todo verdadero trabajo es una palabra, una realidad significativa, que responde a una invitación. Trabajar es responder activamente a algo que me atrae y me invita.

Todo verdadero trabajo es la respuesta activa a una invitación de alguien o algo que amo. El auténtico amor termina en trabajo, y el trabajo auténtico responde a un cierto amor, explícito o implícito. Esa profunda unión entre saber —porque solo hay saber verdadero cuando hay amor al saber— y trabajo —porque solo hay trabajo verdadero cuando hay amor al trabajo—, esa unión tan profunda y tan bella, es el añadido inigualable que el espíritu del que esta Universidad participa ha hecho a la institución universitaria.